

Rodó y la educación en Uruguay

por Antonio Pérez García

La exposición de Elena Costáble me permite ser más breve de lo que pensaba, porque ella ha presentado una gran cantidad de datos que simplemente retomaré desde una perspectiva complementaria a la suya. Por lo demás, concuerdo ampliamente con el espíritu de su ponencia.

Agregaría tan solo, a propósito de la relación de Rodó con la educación, el hecho de que el género literario cultivado en buena parte de su obra se aproxima mucho al discurso didáctico, más allá de la influencia que haya podido ejercer en el mundo de la enseñanza, de la utilización que de él se haya hecho desde ese mundo o de su actual eclipse en el sistema educativo formal. No es casual que la estructura literaria de sus ensayos consista en el relato —inocultablemente didáctico— de las enseñanzas de viejos maestros. No es casual que en este *Ariel* cuyo centenario estamos celebrando recurra a la figura de Próspero, y de un Próspero reencarnado, por cierto: no es el Próspero fugado de *La tempestad* de Shakespeare. De este antecedente permanecen las figuras míticas de Ariel y Calibán. De Próspero sólo su nombre, tomado como apodo de aquél que está bajo la sombra de Ariel, del maestro que se dirige a sus discípulos en el momento sagrado de la despedida.

Es en ese contexto donde aquella idea de la paideia rodoniana de Emilio Oribe adquiere todo su peso y su dimensión. Vale la pena subrayarlo, porque es un pensamiento intencionado a la educación, más allá del modo en que pueda haber sido recibido. Acerca de esta recepción haré unos breves señalamientos, esperando que sirvan para abrir la intervención de los presentes.

De algún modo hay, en las preguntas que titulan esta mesa redonda, dos

El autor

Profesor de Psicología Social en la Universidad de la República y la Universidad Católica del Uruguay. Investigador en el área de Políticas Sociales.

hechos en busca de explicación. Uno es el carácter esencialmente educativo del discurso rodoniano; el otro, la aparente, o quizás real, ausencia de Rodó en la educación contemporánea, en nuestro país. ¿Qué pasó con Rodó?, podría preguntarse uno frente a todos estos planteamientos. Pienso, para decirlo de una manera muy genérica, que hay un doble juego trabajando sobre el discurso de Rodó. Por un lado es un juego de apropiación, por la cultura uruguaya a secas, de lo que en algún momento fue aportado a ella por Rodó, olvidando quién lo trajo: aquí Rodó desaparece como figura que está detrás de lo que subsiste de su discurso.

Por otro lado, hay también un estrechamiento del campo en el cual Rodó es visto como autor todavía hoy capaz de interesar. El interés subsistente tiene mucho que ver con la construcción del arielismo en tanto latinoamericanismo (o más bien antinorteamericanismo), tal como es visto desde su recepción. Uno de los puntos en los que acuerdo plenamente con lo que adelantaba Elena es el señalamiento de lo que queda en la sombra al plantear este interés en primer plano: el iberoamericanismo profundo que estaba presente en Rodó, y del cual poco o nada queda en lo que recordamos institucionalmente de él.

¿Cómo y cuándo empezó ese eclipse de Rodó en el campo de la educación? Si pensamos en lo que significó la aparición de *Ariel* exactamente en 1900, y en la difusión inmediata del arielismo, nos encontramos con algunas características que son francamente llamativas. Ese complejo discurso que es *Ariel*, multidimensional, difícilmente reducible a un solo tema, presenta ante todo una antropología, una visión del hombre, y sólo secundariamente y en relación con ella, una posición que puede ser entendida en alguna medida como política. Algunos análisis recientes de borradores del *Ariel* ha mostrado hasta qué punto Rodó extrajo de la redacción final lo que podrían ser alusiones políticas más explícitas, más combativas. Sin embargo, lo que queda como semilla generadora del arielismo latinoamericano, y no sólo latinoamericano, sino también norteamericano, es la oposición entre Ariel y Calibán, que en la totalidad del texto es casi incidental, ocupa un lugar secundario y es en todo caso corolario de toda la meditación que previamente ha tejido ese texto. Texto que además pertenece a un corpus más amplio (como también recordaba Elena) que abarca todas las obras fundamentales de Rodó, no sólo esa que quedando nombre a lo que de su pensamiento se reconoció más explícitamente en los años siguientes. Inclusive en ese antinorteamericanismo relativo, matizado, que aparece en *Ariel*, hay muy claramente un reconocimiento explícito de las dimensiones positivas de los Estados Unidos y una dicotomía muy curiosa entre la Norteamérica yanqui, la Norteamérica de los estados fundacionales ligada a las tradiciones europeas, de alguna manera todavía abierta al humanismo al cual refieren las raíces de Rodó, confrontada con esos otros Estados Unidos de la frontera, de la expansión hacia el lejano oeste, californiano en

último término, donde él encuentra más claramente dibujada la encarnación del utilitarismo, que tal vez termine por ahogar las vetas positivas del pensamiento norteamericano.

Teme Rodó que ese pensamiento sea estéril. Tal vez por insuficiente conocimiento de la materia de la cual está hablando: habría que recordar que en esos mismos tiempos, en el mismo año 1900 en que *Ariel* es publicado, toma su cátedra de filosofía en la Universidad de Chicago George Herbert Mead, una de las figuras capitales del pragmatismo norteamericano, una filosofía de la que mal puede pensarse que sea fruto de un pensamiento estéril. Allí mismo, a mediados del siglo han aparecido figuras como el Edgar Allan Poe, que él cita lateralmente, en una alusión incidental y literaria, o Henry Wadsworth Longfellow, o el inmenso Walt Whitman. También ha ocurrido toda la elaboración postersoniana del pensamiento filosófico norteamericano, que desemboca en William James, en Charles Peirce y en la creación del pragmatismo. Tal vez esa visión de los Estados Unidos que maneja Rodó es en sí misma una visión esquemática, empobrecedora, que no hace justicia a lo que realmente estaba sucediendo en el país del norte; pero curiosamente es esa visión la que se retiene en la recepción y en la construcción de la imagen de un arielismo como propuesta latinoamericana, construida sobre la negación del atribuido utilitarismo norteamericano. Por cierto, y en atención a las seductoras trampas que pueden tendernos las palabras, conviene recordar que el pragmatismo lejos está de tener parentesco alguno con el denostado utilitarismo.

Rodó habría de atravesar inesperados trances en esos tres lustros largos que le tocó vivir desde el *Ariel* hasta su muerte en el 17, en una especie de exilio, de exilio múltiple una vez más. Exilio respecto a la propia patria, al propio país, y exilio respecto a su oficio de escritor, aunque lo ejerciera bajo la forma del corresponsal. Corresponsal, eso sí, de revistas argentinas, ni siquiera uruguayas. En los años que corren de *Ariel* al exilio ha tenido que vivir merced a la condición de parlamentario, que fue una suerte de *insilio*, para usar un neologismo que otro tiempo de exilios nos hizo forjar: permanencia en la propia tierra, privado Rodó, como hubo de verse, de ser aquello que él quería ser, impedido de realizar plenamente su propia vocación. (Vocación, tema rodoniano, si los hay.)

Este juego de contradicciones llega al punto de que Rodó, que adhirió con calor a la prédica de Batlle, se va distanciando progresivamente de lo que el batllismo, el primer batllismo, llega a ser, hasta el extremo de la ruptura —elegante, si se quiere, pero ruptura al fin—. Y, más allá de su muerte triste y oscura en una lejana tierra, sobreviene la prolongada demora en reconocer la importancia de su figura, hasta el punto de que Dardo Regules y Carlos Quijano hayan debido insistir en la piadosa urgencia de repatriar sus despojos mortales a esta bienamada tierra uruguaya.

Alrededor de ese tiempo de corresponsal comienza la gran polémica. Comienzan las acusaciones a un Rodó previamente reducido a una imagen crudamente discutible. Comienzan las acusaciones de idealismo, no en el sentido de oposición al utilitarismo radical, al utilitarismo sin matices, sino en el sentido de pérdida de contacto con la base material, para usar términos marxistas que más de una vez se usaron en esta polémica. El descuido de lo real, el alejamiento de lo concreto, la crítica de esteticismo, allí donde en Rodó hay una preocupación por el valor de la dimensión estética del hombre, que es bien otra cosa, sin ninguna duda. En esta crítica cada uno de los críticos construye su propio Rodó, pero la propia discusión contribuye a ubicar a Rodó en una suerte de Parnaso, donde pasa a ser un clásico. Uno de los peores destinos que puede tener un escritor, porque a partir de ese momento va a ser abundantemente citado, seguramente va a ser abundantemente criticado, pero también ciertamente va a ser muy poco leído y mucho menos comprendido. Ese fue uno de los destinos del pensamiento de Rodó en nuestra cultura. Otro es el de una recuperación del pensamiento de Rodó, pero sin Rodó, por nuestra cultura oficial: unas cuantas dimensiones —*membra disjecta*— de su pensamiento: su idealismo antiutilitarista, esa filosofía de la persona, esa insistencia e interioridad que sería una de las características de la mentalidad intelectual uruguaya —a pesar de la Universidad, porque no hay espacio en el positivismo dominante en la Universidad para que esa dimensión se desarrolle—; el rechazo al jacobinismo, que permanece marginal, pero vivo todavía como una de las fuerzas actuantes dentro de la construcción del pensamiento uruguayo moderno.

De modo que finalmente termina apareciendo un Rodó que desempeñó el papel de una especie de múltiple maestro de juventudes. Él de algún modo se coloca en esa posición: él es Próspero, obviamente; él es Proteo, ese móvil maestro que va recorriendo distintos terrenos de lo humano, a lo largo del tiempo, en un libro destinado a no ser cerrado nunca, porque siempre es necesario renacer en la enseñanza, en la búsqueda, en la apertura de caminos para los jóvenes a quienes se dirige y quienes, a pesar del lugar a que esto da a la juventud en la construcción de la cultura uruguaya, van progresivamente dando la espalda, alejándose de él. Y no alejándose masticando la herencia recibida y reflexionando sobre ella, como los discípulos en el final del *Ariel*, sino olvidándola, no sabiendo siquiera que una parte de la herencia que esa juventud recibe viene de él.

Hacia los años treinta comienza la nueva crítica, la crítica parricida de Rodó, la crítica de las generaciones que en su juventud fueron rodonianas y que progresivamente comienzan a tomar distancia, con diferentes matices y con retornos que a veces se producen. El caso de Quijano es ejemplar en ese ir y venir de entusiasmo adolescente, la crítica juvenil, los retornos posteriores y los alejamientos también posteriores, cuando Quijano se compromete en otro lati-

noamericanismo que se aproxima cada vez más al pensamiento revolucionario latinoamericano. También Enrique Amorim y sobre todo Zum Felde, uno de los críticos más irreverentes de Rodó, tal vez por razones de su propio estilo personal. La crítica a nivel latinoamericano de quienes están muy hermanados en su propia historia biográfica, en su propia formación intelectual con Quijano, los apistas peruanos, que toman distancia respecto al latinoamericanismo de Rodó, porque están muy apresurados por hacer una revolución de cuyo destino ulterior tenemos noticia en el Perú actual. Y también aparecen nuevas defensas, algunas figuras que en sus años mozos, otras toda su vida, siguieron muy cercanas a él y muy cercanas a la educación, destilando en la educación buena parte de la herencia de Rodó: la figura de Eugenio Petit Muñoz, que se recordaba hoy, Gil Salguero, Emilio Oribe sin ninguna duda, Roberto Ibáñez, que muy cerca de nosotros vuelve a rescatar la figura de Rodó, en los años sesenta, sin ser muy escuchado por el entorno universitario, internacionalmente una figura como la de José Gaos, que retoma a Rodó como uno de los diez grandes pensadores latinoamericanos, hasta que sobre el final de los años cuarenta y a lo largo de la década del cincuenta un nuevo latinoamericanismo no rodoniano va adquiriendo un peso creciente, no sólo en las praxis políticas, no sólo en la elaboración de una nueva ideología ante la crisis del pensamiento tradicional de este país y más bien ante la crisis global del viejo modelo batllista, sino fundamentalmente en la formación de los docentes que empiezan a acceder a la tarea de educar. El gran corte que se anuncia en este momento se va a producir con claridad hacia los años sesenta, y sobre todo a fines de los años sesenta, sobre dos líneas históricas de enorme importancia. Una de ellas es la del agotamiento del modelo del Estado benefactor, que de algún modo había sido uno de los pilares sobre los cuales la construcción del Uruguay moderno se hizo posible, y la construcción de la mentalidad del Uruguay moderno también. El proceso consecutivo a este agotamiento del Estado del bienestar es el desencantamiento respecto a la democracia. Desencantamiento de muy diversos signos: la democracia no solamente desencanta a las izquierdas, sino que desencanta también —como era de esperar— a las derechas. Lo cierto es que hacia fines de los años setenta la democracia está en cuestión, y no la democracia del número a la cual Rodó ha dedicado algunas de sus páginas más interesantes, sino la democracia de la excelencia, la democracia del compartir, la democracia del construir juntos maneras de convivencia y de comprensión, de consenso acerca del mundo y de nuestra acción en él, que eran características de la propuesta rodoniana.

Detrás de este doble juego llega la revolución y la hora de esa dura transición que fue el llamado proceso cívico militar, o golpe de estado, o segundo militarismo. Los nombres son varios, pero designan todos un hiato en el funcionamiento de las instituciones democráticas. Tras él un renacimiento, pero que

es renacimiento nada más que en la imaginación de quienes lo concibieron como tal en los primeros tiempos del retorno de la democracia.

Los retornos, como las memorias, son siempre re-producciones, es decir, vuelta a producir de algo que ya no es lo que fue inevitablemente. La neurofisiología se ha dedicado a ilustrarnos muy detenidamente acerca de los procesos a través de los cuales la rememoración es posible en nuestros complejos cerebros, y efectivamente en ese nivel el proceso de traer a la percepción presente algo que ha dejado su huella en nuestra memoria es un proceso de construcción de algo nuevo; de algo nuevo que está marcado, modelado, por experiencias pasadas, pero que no es una re-presentación idéntica de esas experiencias, meramente traídas, intactas, al tiempo presente. Tampoco el retorno de la democracia es un retorno a "aquella" democracia. Es un retorno de la forma democrática, un retorno que significa volver a construir la búsqueda de la convivencia pacífica en esta sociedad donde buena parte de los aportes de Rodó al pensamiento tradicional están asimilados como parte de los discursos que ya no llevan su nombre.

Pero en ese sentido es que señalo la aparición de una suerte de ausencia de Rodó, aun cuando su aporte a un modo de pensar cómo es posible el Uruguay siga estando al alcance de la mano. Al mismo tiempo, lo que de él quedó, queda casi en las mesas de saldos de las librerías. Uno de los pequeños intentos de investigación sobre la realidad actual que hice en el breve tiempo que tuvimos de preparación de este encuentro fue recorrer librerías para ver qué había de Rodó. A pesar del centenario del *Ariel*, a pesar de cierto módico calor oficial que esto ha generado, es raro encontrar algo en las librerías. Por supuesto que la edición de las obras completas que hizo Aguilar ha desaparecido largamente y acaso se encuentra en alguna librería de viejo. La editorial que ha asumido el fondo editorial de Aguilar no tiene nada, no lo tiene ni en su catálogo, para que ustedes vean cuán profundamente se puede haber borrado la presencia física del texto, sin el cual no es posible acceder al autor, aunque sigamos encontrándonos con su rastro en las formaciones discursivas que siguen siendo parte de nuestras discusiones contemporáneas, ya disuelto en el anonimato del pensamiento socialmente compartido.

Esta es una de las paradojas de Rodó: sigue estando profundamente presente, pero no bajo la materialidad de su obra. Las menciones que se han hecho en la intervención precedente y, por lo que me han contado, en la conferencia que tuvieron hoy, me hacen pensar hasta qué punto el pensamiento de Rodó sigue en muchos sentidos vigente, pero Rodó y el texto rodoniano sufren una profunda ausencia en el sistema educativo contemporáneo. Con el agregado de que, así como Rodó tenía una peculiar preocupación por que los liceos se abrieran cuando la demanda se hiciera explícita y la dotación de docentes adecuados estuviera también dispuesta, algunas otras reformas más recientes

han tenido más prisa por abrir formas nuevas y nuevos institutos que por tener docentes suficientemente formados, y tal vez han improvisado o se han apresurado excesivamente en la construcción de los propios programas que se están ofreciendo a nuestros estudiantes de hoy. No es de extrañar que no esté presente Rodó en los contenidos programáticos, cuando está difuminada su presencia en la praxis del sistema educativo mismo. Pese a que —o tal vez porque— tiene una vigencia que agregaría una dimensión crítica a algunas de las certezas demasiado ciertas que presiden los destinos de la educación en el Uruguay de hoy. No es ningún misterio, y creo que la figura a quien me refiero se sentirá molesta por el título, que nuestra última reforma educativa ha tenido un tinte fuertemente jacobino.

Sin dejar de reconocer todos los valores que esa dimensión del pensamiento ha podido aportar en su momento, pienso que el aporte de Rodó a su vez, o del pensamiento del cual Rodó formó parte, tendría un valor bastante importante como instancia crítica de esa línea en la cual se encamina muy decididamente la transformación de nuestra educación pública en estos momentos.

Una de las características fundamentales de la educación —y creo que en esto pienso de una manera muy cercana a Rodó— debería ser, no necesariamente lo es, la posibilidad de una apertura a las diversas maneras de acercarnos a lo humano. Y contra eso milita sin ninguna duda el afiliarse a una sola línea de pensamiento, a una sola orientación, como si la posibilidad de la presencia plural de diversas voces ofrecidas al pensamiento de quien se está educando constituyera tal vez un riesgo. Pero obviamente habría que partir de una noción de la persona y de la interioridad de la persona construyéndose en relación dialéctica con el mundo que intenta socializarla, para que esto se hiciera viable.

Obviamente los procesos históricos son muy rebeldes, suelen no obedecer a los programas de reformas, transformación, revolución o institucionalización de cualquier tipo y siguen su propio curso y producen sus propias transformaciones mucho más allá de lo que algunos gestores de cambio pueden creer. En ese sentido las semillas sembradas por el pensamiento de Rodó siguen muy activas aún dentro del sistema educativo, y seguramente vamos a tener muchas oportunidades de hablar de ellas en el futuro. Pero una tarea que podría ser de enorme interés es la de reencontrarnos con la historia real de nuestras mentalidades, y de cómo la mentalidad o sensibilidad nacional, tarea colectiva si las hay, vuelve sobre el sistema educativo, se presenta en él a las nuevas generaciones. Y eso es algo que escapa a los planes de estudio, a las reformas, a los apresuramientos, constituyendo un proceso mucho más complejo, mucho más rico, mucho más humanístico de lo que puede ser una aplicación apresurada de cierta manera de ver las ciencias sociales aplicadas a la educación.

Y lo digo desde dentro de las ciencias sociales y desde dentro del sistema educativo, por si alguna duda pudiera quedar al respecto.

Resumen

Esta exposición integró, junto con la anterior, el panel sobre «La influencia de José Enrique Rodó en la educación uruguaya». Tomando la intervención precedente como punto de partida, el autor añade que el género literario preferentemente cultivado por Rodó —el relato de las enseñanzas de viejos maestros— es en esencia un discurso de carácter didáctico, un pensamiento orientado a la educación, con independencia del modo como fue recibido y de la influencia que haya ejercido en el mundo de la enseñanza. Sostiene asimismo que, si bien el pensamiento rodoniano mantiene en buena medida su vigencia un siglo después, Rodó y sus textos están ausentes del sistema educativo uruguayo contemporáneo, y que su pensamiento tendría gran valor como instancia crítica de la línea en que se encamina la actual transformación de la educación pública.